



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

31-X-1971.

Querido Ramón:

Por fin, puedo enviarte la copia de la carta de marras que te había prometido. Evidentemente, no es suave, ni intentaba serlo. No te hago más que algún comentario aclaratorio, porque sé que eres muy capaz de formarte tu propia opinión, sin interpretaciones ajenas que además no pueden menos de ser interesadas.

Lo que te pido que creas, porque tengo la convicción de que soy completamente sincero en esto, es que no me ha movido una irritación personal, bastante justificada por otra parte: mejor dicho, no ha sido, ni mucho menos, el primer motor de mi acto. Incidentalmente, y como no vas a andar comprobando referencias, lo que escribí en el lugar citado es: "Unas palabras sobre el título /Hist. de la lit. vasca/. El término castellano castizo y preciso para designar la literatura en lengua vasca es el de literatura vascongada. Se ha derrochado, sin embargo, tanto celo por hacer inutilizable esta palabra cargándola de acepciones banderizas que no he podido decidirme a usarlo." Está claro al menos para quien conoce algo estas cosas, que son los que te dicen vascongado como si te quisieran dar un puñetazo en la nariz los que lo han cargado de valores inaceptables. Es, además, un hecho de experiencia general, que hoy vasco es, en todas partes, el término neutro, que no tiene implicación de ninguna clase.

Tampoco creo que la razón principal de mi carta haya sido el hecho de que yo sea de aquí o de allá, aunque no deja de ser grotesco que el dinero de algunos amigos míos haya contribuido, a través de la editorial, ~~para~~ financiar la publicación de este libro, entre otros (he leído alguno, que me ha parecido muy bien). Lo pintoresco del caso es que, al parecer, yo he sido el primer lector de Garagorri, a pesar del retraso con que me llegó el libro.

Lo que pasa, y supongo que te darás cuenta sin que yo te lo advierta, es que ya estoy hasta más arriba

ba de la corohilla de algo de que Garagorri no es más que una muestra. Me refiero a la dictadura intelectual que quieren seguir ejerciendo ciertos grupitos superselectos, afincados sobre todo en Madrid. Si vamos a hablar de historia de España, y parece que queremos hablar de eso, ya es hora de que hablemos en serio; que nos fijemos en los datos que tienen una importancia objetiva indiscutible (que, casualmente, son generalmente de los que casi todos prefieren dejar en la sombra) y nos dejemos de ensayismos irresponsables. No vamos a volver a la concepción de la historia como género exclusivamente literario.

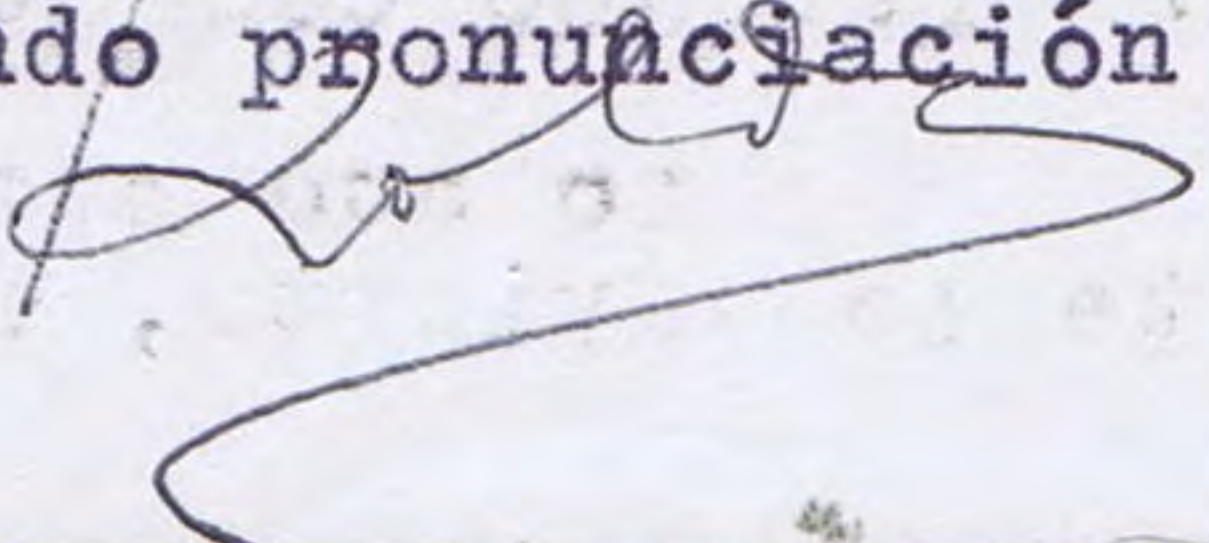
Ya le he escrito a Zaro que tendré el mayor placer en hablar con él (me proponía visitarme aquí): procuraré ser todo lo amable que pueda, ya que creo que en su caso (y dada la alegría con que en esos círculos se suele tratar, con la mejor intención, de cuestiones "periféricas") el descuido ha sido completamente natural. Pero también trataré de hacerle ver, con toda firmeza, que ya no está el horno para bollos.

Paso a temas más alegres. No tiene demasiada importancia el accidente que me da derecho a ingresar en el martirilogio, bastante reducido, de la lingüística. Tendré que seguir enyesado unos 20 días más, pero puedo atender aquí a mis obligaciones, por lo menos a las más importantes. No me quiero hacer ilusiones, pero esto parece marchar bastante bien (quiero decir que la consolidación progresa a pesar de la edad) y tengo la esperanza de que no me van a quedar consecuencias permanentes.

A ver si las altas jerarquías de Santiago se deciden a darnos un pretexto para visitaros: si no, tendremos que buscar uno por nuestra cuenta, si es que vosotros no os anticipáis.

Ya me dirás, si un día encuentras un momento libre, lo que piensas de este asunto. Una confesión, en confianza: siempre he tenido vocación (y hasta me atrevo a pensar que alguna aptitud) para panfletista. Lo malo es que he tenido que esperar a la vejez para practicarla, y no es cosa (¿o sí?) de echarlo todo a rodar.

Abrazos para vosotros de los tres: la hija pasa el trimestre en París, cuidando niños y se supone que mejorando pronunciación y sintaxis. Y uno muy fuerte de



Rentería, 3 de octubre de 1971.

Sr. D. Pablo Martí Zaro
Seminarios y Ediciones, S.A.
Av. de José Antonio 88
Madrid (13)

Distinguido amigo:

Le agradezco su envío de ejemplares de los números 11-12 de "Hora H. Ensayos y documentos", de esa editorial: Paulino Garagorri, La tentación política, y Salvador Giner, La sociedad masa: ideología y conflicto social. El agradecimiento tiene esta vez un motivo muy particular: en efecto, gracias a su amabilidad he llegado a conocer la primera de las obras citadas, libro que hasta ahora no ha tenido, por lo que se me alcanza, la difusión que merecía tener.

Por desgracia, y esta es la razón del retraso de estas líneas, un accidente molesto me ha retenido lejos de Salamanca. El libro acaba, pues de llegar a mis manos. Como adivinará por lo que sigue, ahora que lo conozco trataré de compensar la demora y haré lo posible para que sea tan ampliamente leído como le corresponde en estricta justicia.

Me permito citar y comentar con la mayor brevedad posible algunos detalles que me han llamado la atención, entresacados de entre incontables pasajes curiosos que contiene el libro del "señor" Garagorri. Los que vivimos en un medio rural y ruralista, aunque alguno tenga la fortuna de respirar durante buena parte del año los aires de la docta Salamanca, tenemos que acomodar en los posibles nuestra práctica ortográfica --en cuanto al empleo de las comillas, por ejemplo-- a la norma más civil y pulida. Y, ¿cuál podría ser más autorizada que la que emana de la mismísima Revista de Occidente?

No voy a insistir sobre unas palabras mías que ahí (p. 106) se recogen, con inmerecido elogio, porque me enfrentan con un dilema: o el "señor" Garagorri es incapaz de entender un paisaje sencillísimo escrito en castellano (y en un castellano, si se me permite la inmodestia, no inferior en calidad al que él emplea), o el "señor" Garagorri pone a sabiendas en mi boca exactamente lo contrario de lo que yo dije.

Inclina a la segunda opinión la circunstancia de que, aunque el autor sabe y reconoce que desde la época romana ha habido gentes de habla vasca (y me atengo a la lengua como dato de interpretación inequívoca) fuera del territorio hispánico o español, sigue afirmando (p. 117, etc.) que los vascos son sólo parte de España. A uno le cuesta creer que no alcance a entender lo que él mismo escribe.

Comprendo que el "señor" Garagorri no pueda fijar su vista de águila, nacida para contemplar inmensidades, en menudos detalles de "erudición anatómica" o "anatómica erudición" (p. 91 y 101): eso queda para el peonaje y lo suyo, como ya lo fue lo de su maestro, es el ensayo irresponsable en que se pueden sentar las afirmaciones más desorbitadas sin el menor conato de prueba. Creo, con todo, que el maestro ("ave teórica") se movía con alguna mayor seguridad en el suelo de los datos positivos.

Por citar una muestra, no hace justicia a Jean Lacouture (p. 178, dentro de la larga e inefable nota 25, digna corona del libro) quien, de haber sido consultado, le habría explicado algo que se supone conocido: que, en francés, cuando "alguien roule a alguien" y no "algo", no lo "enrolla" ni lo "envuelve", sino que sencillamente "le engaña". Esto es tan manifiesto que en la nota misma la evidencia ha llegado ~~allegado~~ a perforar la obstinada ignorancia del autor.

También Montaigne, si viviera, le habría explicado que Vasco (p. 161, n. 2) es en latín el nominativo singular cuyo plural es Vascones, y que ese escrito quiere decir: "M. M., francés, gascón". Porque, en contra de lo que piensa el autor, el étnico vascon está muy lejos de haber sido siempre asignado con exclusividad a los antepasados de los requetés navarros. No le costaba gran trabajo enterarse, por ejemplo, de lo que Menéndez Pidal ha escrito sobre Villabáscones, etc. Avanzando un poco más, podía hasta haber averiguado lo que casi todas las gentes de alguna cultura conocen en esta parte del mundo: que la Vasco-

nia que él quisiera mítica es el antecedente bien documentado del moderno Gasconia, Gasconne, etc.

La delimitación precisa de lo que se ha entendido por vascos, vascongados, etc., exige sin duda un detenido estudio, pero no son las confusas divagaciones del "señor" Garagorri las que vayan a aportar luz en el problema. Si hubiera leído a Lope García de Salazar, en lugar de contentarse con citarlo, habría comprobado que éste usó ya por lo menos una vez el término vasco, "de reciente cuño" según nuestro autor, como señaló hace ya tiempo Justo Garate.

Sobre todo, hace falta un caudal inagotable de no doc-
ta, sino stolida ignorantia para mencionar (p. 172) el "hecho singular de que la comunidad que habita sobre lo que llamamos el País Vasco haya carecido de nombre". Porque esas gentes, en su lengua --que es el dato primario en esta materia--, se han dado y se dan un nombre a sí mismos, secreto a voces cuyo descubrimiento dejó a la perspicacia del autor. Señalo también, en conexión con esto, que los enemigos del nombre Euzkadi, entre los cuales se han contado nacionalistas vascos (sin comillas, ya que así se llamaban y se llaman a sí mismos, y no como quisiera el "señor" Garagorri) tan conocidos como Arturo Campión, se opusieron al nombre y no al concepto. Y se opusieron al nombre porque lo consideraban innecesario puesto que para denominar "eso" existía, desde que empiezan los testimonios, el nombre Euskal-herria, del cual parece calco literal País Vasco.

Creo, sin embargo, que en un contexto general tiene más alcance el evidente infantilismo político del autor. Sólo un negado o un zote pontificante puede tachar a Azaña (p. 17) de "imprudencia" o "imprevisión" al "nombrar" [sic] a Negrín, como si ~~Azaña~~ hubiera tenido en aquellas circunstancias alguna posibilidad de elegir: pero, ¿es que es incapaz de comprender la buena y clara prosa del de Alcalá que acaba de citar? Así también el candor patriarcal que atribuye (p. 148, n. 2) a los servicios secretos británicos, observación cuya insigne memez no encuentra mejor paralelo que la agudeza profética con que nos anuncia (p. 150 s.) que los Estados Unidos ni quieren ni pueden llenar el vacío de Europa. Tampoco deja de ser extraño que los vascos, ese espejismo o sueño inconsistente, sean los responsables (no sé si únicos, pero sí principales) de los beneficios de todo orden que vienen derramándose sobre España, y vamos a buen paso hacia el medio siglo. La excusa de ancianidad y de ausencia sólo vale para Madariaga.

Lo que más me sorprende es el tono general de los trabajos aquí reunidos, la manera curiosa por demás en que la discriminación entre malos y buenos, favorece siempre, en personajes y en autores, a ciertas gentes y perjudica siempre a otras. Otro tanto ocurre con la manipulación, inhábil o dolosa, de los datos: basta con mencionar la afirmación (p. 110, y remito a los periódicos de la época) de que Alava "rechazó" el segundo anteproyecto de Estatuto Vasco (sin comillas). Bueno, todo esto sería sorprendente si no fuera demasiado conocida la enfermiza timidez crónica de los "ilustrados" y de los "liberales" españoles, desertores sin decoro (con honrosísimas, pero muy contadas, excepciones) de todos los movimientos que ellos ^{mismos} habían puesto en marcha, con palabras y actos. O hay que renunciar a la tentación y quedarse callado en casita o, si se interviene en la vida de un país (intervención que siempre, quiérase o no, tendrá un alcance político), hay que tener de antemano una seguridad razonable de estar en posesión de un mínimo de valor o, si se quiere, de eso que se llamaba en los ruidos vergüenza. Fue el Maestro por antonomasia, si no estoy equivocado, quien, en uno de sus prólogos para papanatas franceses o ingleses de La rebelión de las masas, estampó, junto a la expresión de su admiración por Chamberlain que los acontecimientos se apresuraron a justificar, aquella sentencia lapidaria: "No se esperará de mí que vaya a ser tan ingenuo como para dar mi opinión sobre la guerra española". Sé que al citarle de memoria no hago justicia a su prosa, pero, prosa o no prosa, jamás se ha escrito nada tan cobarde, tan indigno ni tan injurioso para millones de personas que, de mejor o peor gana, se veían envueltas en un conflicto atroz sin que nadie les tendiera el puente de plata gracias al cual al Maestro le pudo seguir doliendo España, a cientos o miles de kilómetros de distancia. Conflicto atroz, no se olvide, a cuya preparación contribuyó, y mucho --no digo que no lo hiciera con la mejor intención--, el lejano Maestro.

No sé si el liberalismo de Garagorri es orteguiano o no, ni es cosa que me importe. Lo que sé es que en la situación actual ese liberalismo se parece a s'y méprende a algo que suele recibir un nombre muy diferente. Le alarma que los españoles no hayan reaccionado con energía ante el abandono.

no de una parcela del Imperio, texto notable que el azar o el designio ha juntado (p. 30 s.) con la más extraordinaria defensa de la política estaliniana que me ha sido dado leer: sentirse checo y no ruso es "agresivo" en sí, además de retrógrado. La excusatio non petita en favor de Ridruejo (que, por cuanto sé, es muy capaz de explicar su vida política sin la pobre muleta de Garagorri quien, además, más bien habla como siempre pro domo sua), p. 52 ss., excede por mucho mi capacidad de calificar. Tras tomar nota al pasar de la furtiva lágrima dedicada al desgraciado cautivo de Spandau que podía quizá haber hallado aplicación más próxima, nos enteramos de que, con el conocimiento de los futuribles que el "señor" Garagorri comparte con el Altísimo, habríamos salido ganando, a fin de cuentas, con el triunfo del Eje. Como "Hitler no carecía de sentido histórico", "el mayor riesgo --para Europa-- del triunfo alemán hubiera sido la expansión de su aliado japonés."

Para mí no es menos significativa la contraposición (p. 63) de García Morente, espejo de liberalismo al parecer, con Gaos: no quiero pararme a especular sobre lo que podía haber ocurrido si ambos vuelven a encontrarse en la misma ciudad, sólo que después de abril de 1939. Añádase la alusión (¿no se adivina ahí algún recuerdo personal, doloroso a pesar de los años?) a "la actitud mantenida por Gaos en el viaje de Santander... a Madrid pasando por Francia, con el grupo de personas que ... tomó a su cargo: supongo que no las llevaba sujetas con grilletes y esposas. En la actitud de Gaos, "doctrinarismo de dogmática rigidez aplicada con menosprecio de sus consecuencias", "la antítesis del liberal" en una palabra, yo veo algo distinto que razón y experiencia me han enseñado a apreciar más cada día: una cierta consecuencia; acaso mal entendida, pero consecuencia. Pero la consecuencia quizá no sea un valor "liberal". Al menos no la estiman quienes han llegado, siguiendo al Maestro, a disociar automáticamente sus palabras de sus actos.

Vuelvo, para terminar, a la nota final. En ella se encuentran las "siglas" que "se han hecho tristemente célebres" (frase que, en mi sentir, un enemigo de la violencia no dejaría sin contrapartida), en ella el elogio del "noticioso" libro de Talón ("Joven Europa"), en ella el envío sin apelación a la obra reciente de don José Manuel Martínez Bande, de mi mayor consideración, ^{pero cuya pluma podemos} ~~podemos considerar~~ considerar, creo que sin irreverencia, no movida por el Divino Espíritu. Ahí viene, por último, la mención, entrecomillada, al "escándalo de Guernica". Sobre esto último, sólo una expresión nada correcta podría hacer justicia a mis sentimientos hacia el "señor" Garagorri: je l'emmerde. Porque en realidad (¿ha oído el autor hablar de un tal Southworth o su única fuente son los productos, directos o indirectos, del señor de la Cierva?) el escándalo no está en el bombardeo, por "inicuo" que fuera, sino en lo que vino y no ha acabado de venir después del bombardeo.

Siento expresarme así, sin poderlo remediar. Gracias a Dios, soy un "marginado" nada avergonzado de proceder de la caverna vasca; tomé partido en una guerra, pagué y sigo pagando las consecuencias, sin que me arrepienta de ello. Tengo el mayor respeto por los que hicieron la guerra en el bando de enfrente y por los que en un lado y en otro sufrieron en su carne las consecuencias de su protesta ante violencias y excesos. Por el contrario, siento el mayor desprecio por los escapistas de entonces y de ahora. Confesionalidad o no confesionalidad, creo que muchos compañeros míos, por "particularistas" que sean, hicieron y hacen por "la instauración (¿la palabra justa no sería "restauración"?) en España de un sistema que asegure las libertades individuales" bastante más que Garagorri y los "liberales" de su cuerda. Porque, ¿desde cuándo es liberal el fascismo?

Aunque le extrañe al "señor" Garagorri, las alianzas suelen tener, en la paz y en la guerra, raíces muy profundas, de interés o de amistad. A fin de cuentas, ahora y siempre, cada oveja termina por ir con su pareja, por disparos que parezcan. Por ello, Garagorri y la "Paña" encuentran su locus junto a la Joven Europa.

Siempre he pensado que esa editorial no perseguía fines exclusivamente comerciales, y perdón si me equivoco, sino que había nacido con una misión orientadora. Creo tener una amplia tolerancia, y sentiría que esta opinión fuera errónea, por matices muy variados. Pero hay algún color que, francamente, no me inspira simpatía.

Cordialmente suyo,

Luis Michelena.